

LA HUIDA DE LOS PÁJAROS

*A mi pueblo que, debido al conflicto armado interno,
el 9 de enero de 1982 huyó hacia el hermano país de México,
refugiándose allí de la muerte por más de siete meses.*

En memoria de sus muertos y desaparecidos.

ORIGEN

Del fuego al pan,
del cielo a la tierra
aquí decidió dejarte el polen.

Para decir lo que eres, yo no soy suficiente:
hay que buscar pequeñas cosas en una gota,
hay que aprender el lenguaje perdido del viento,
de las rocas y las aguas,
es necesario aprender del silencio,
de sus desgarradores racimos verbales;
del cielo hay que desenterrar con sangre salvaje
lo que dijo el águila, la paloma y el polen,
lo que vieron los ojos ancestrales,
lo que alguna vez dijo la vendimia olvidada
entre los graves intersticios del otoño:
hay que aprender a ser para saber lo que eres.

De pronto era posible escuchar
las delgadas cavilaciones del silencio,
palpitantes como las intensiones

fosforescentes de una luciérnaga.

Fueron acumulándose los días
entre los parpadeos y las redes
de la memoria, el trigo y la arena.
¡Oh, fiera alegría diseminada
por el océano y los impertérritos
vendavales de la luz,
los corredores del sueño y el aire!

Era el color del silencio
y lo atroz fue asediado,
después el temporal te llamó árbol del silencio,
garra de piedra, sangre de arena, cuerpo de agua,
roca tallada por la escultura del agua,
calor de peña, tierra caliente,
ave del albedrío,
raíz que cantó el verso de la tierra.

Mientras que el cóndor
desenrollaba los antiguos pergaminos de la luz
la verde estirpe, el demiurgo empezaron
sus huracanes como el barro en las manos de la infancia,

entonces invocaron la sonrisa de la geología,
arremetieron contra
los ásperos músculos del vacío
para darte el pistilo y el estambre.
El rocío y su espectro,
la jerarquía de la soledad primera
despertaron, entonces, contra
las hélices de un nuevo edén.

Y como descendiendo hasta lo más
genital de un deseo,
se estableció la vida con su eternidad salvaje,
las antiguas raíces del relámpago,
la roca y el vital incendio del arcoíris.
El universo vino con el pájaro,
madera calurosa, esperma azul del alba.

En Ownhajib' se acumularon
las simetrías y los follajes del cosmos;
el abismo, con su piano,
dejó en el fondo del Cimarrón
su verde melodía.

El azul victorioso y solitario,
inaugurado entre los ventisqueros finales
y primitivos, empezó a serpentear
con pólvora equinoccial
entre las líquidas hogueras del *Lagartero*.
No preguntéis cómo fue, cómo se sostuvo
la vida en *Candelaria*
sin sus estrellas paralelas y silvestres;
no preguntéis más por el cetro de la ceguera
que tejó sus nocturnos escudos:
mirad ahí el tributo del aroma,
mirad en esos ojos la grandeza,
los racimos del día, el color de la centella
y el nacimiento del rocío.

II

LAS ROSAS DE LA MUERTE Y LA HUIDA DE LOS PÁJAROS

Sonaron las prístinas copas de la guerra:
los velos de la vida comenzaron
a teñirse de llanto y de arrebol.
Como un relámpago, la furia, la desgracia...
con sus galopes
fueron destrozando a las estaciones,
enterrando las risas del viento.

Como una sirena cansada de su mar
desmenuzaron la calma,
el cielo empezó a desprenderse
con el rugido de los proyectiles:
caía en pedazos de carne y de humo.

Aquí desaparecieron muchos vientos,
a otros los arrastró la muerte,
pero no olvidaron la chispa
sangrienta e indoblegable de la vida,

se sujetaron de cualquier
estrella o cosa que sus manos
maltrechas y hartas encontraron;

algunos se atrancaron ávidamente
en el vacío y en los *guatales*,
y pudo conocer la muerte,
entonces, la fatiga humana:
rostros transfigurados por la harina
y la fuerza amarilla del otoño,
roca impalpable hasta el último esfuerzo.

¡Ay, los mataron, hijos míos! Sus heridas
aún nos duelen,
si con sus muertes probamos también la muerte:
Domingo de León, ¡ay, hijo mío!,
ladrones de la vida,
con cañón nos arrebataron
las golondrinas de tu alegría.

Fernando Guillén,
Olivio Guillén,

Jesús Valdez,
Feliciano Domingo,
el revólver escupió muerte
y trajo las insignias de la desdicha,
las razas del infierno.
Aún la muerte anda con su crimen,
vacila por las calles como un cántaro
que no soporta tanta pólvora y tanto recuerdo.

¿Qué hicieron con ellos?
Con Jorge Humberto,
William, Maynor y Chéster.
Aún el recuerdo y la vida los buscan:
entre la oscuridad sempiterna
el amor sale por sus sombras juveniles,
por sus miradas vigorosas
y sus machacados recuerdos.
Sepan que su juventud va entre las estaciones
y las nubes de polvo de un pueblo
que sabe que la tierra nunca se tragaría a sus hijos.

Hoy los invoco, invoco
sus ojos, sus voces,

que se levanten con antorcha
contra el mandato de la muerte.
Que sepan que sobre sus muertes
ha crecido tantas veces la primavera.

¡Oh, pueblo mío! La ira del plomo te hizo huir.
La mano de salitre del miedo te arrancó
con furia y odio de tus casas; sólo dejaste
hambre: los perros que antes del polvo y la borrasca
te mostraron las sendas hasta lo más genital,
hasta donde la sangre reconoce que es sangre,
hasta donde la tierra se confunde con la tierra,
y donde los secretos buscan almacenes
recónditos, los granos de la verdad herida,
como hiedra torturada, ascendieron, descendieron
por los enmarañados escalones del hambre,
de la niebla del hambre;
buscaron entre el polvo a tus hijos
por un pedazo de tortilla,
por un pedazo de vida, de sonrisa,
mientras ellos habían atravesado
los invisibles muros de las fronteras.

Te escondiste en las sombras de otras casas y lunas,
de otras patrias que te extendieron la mano;
probaste otros crepúsculos,
mas no olvidaste el silencio de tus peñas
y las cosas de tus veredas.

¡Oh, pueblo mío! La ira del plomo te hizo huir.
Esos hijos de perra probaron tus frutas
pero les fueron amargas,
porque ellas sabían de las bocas malditas,
se guardaron entre la arena y horadaron la piedra gigante;
sabían de los colmillos de la serpiente enmarañada
desde hacía siglos en tu propia tierra,
sabían del fusil desbocado y certero como una palabra dicha bajo emoción,
el fusil que quiso arrancarle tu nombre a tus hijos.

Al *Mirador* le sangraron los ojos de piedra;
aquella sangre se calló en sus gritos de piedra,
por eso el pan, la sangre nuestra es fuerte y humilde.

Pero la vida salió de distintos lados,

alumbrando el camino con ocote,
quemando con resina y esperanza
las sombras y los lienzos de las tinieblas.

Te llamó nuevamente
la sangre de nuestros enterrados,
el pájaro de la tarde, las risas
que se quedaron buscando
dueño en un pueblo lleno de fantasmas;
te reclamó la vida y volviste
con una carga que nunca te llevaste;
se alzaron todas tus manos y
formaron una sola espada,
un solo arco, una sola flecha, una sola daga
se alzaron tus manos
y formaron un solo puño
para contradecir las decisiones del miedo;
te llamaron las sombras que inventaste;
los centinelas de la sonrisa
te reclamaron, te reclamó la vida
y regresaste con tus lápidas,
tus sueños, tus estíos y tus mariposas;
volviste con el fiero idioma de la distancia.

III

LEVITACIONES

De pronto estamos solos entre todos los cielos,
caemos como hojas de un árbol cansado,
pero en ese abismo arduo nos seguimos buscando,
no perdemos los rastros de una o varias centellas
y resurgimos con las mismas manos y ojos,
sólo que con distinta fuerza, nuevos filos,
tal vez distintos manantiales verdes de certeza,
¡ay!, pero muchas veces sin habernos encontrado.

Y paso a paso —lentamente como una red
de plata sumergiéndose—, para una larga travesía,
caminamos expuestos al fulgor de la geología,
pisamos, como estambre hundido, los pétalos
del azufre y el ácido del odio.

Como un terrón de polvo, piedras, panes, muchachas,
la rosa sideral arraigada en la roca
vertiginosa que conoce el suave rocío,
el rocío que cae como gotas de esperanza
hasta el fondo secreto y busca los intersticios

donde está la raíz de un árbol, de una rosa
o simplemente hacerse semilla venidera
para que la abeja, la mariposa, el pájaro,
el colibrí lleven la miel, el polen, la semilla
de la rosa y la sonrisa de nuestro gentilicio.
Los golpes que nos dan las bocas,
los pasos en el parque,
los sueños que formamos,
conforme las circunstancias,
debajo de las sábanas,
esperando ver surgir colibríes y chachalacas
en los primeros azahares del alba.

IV

EL RETORNO DE UN HIJO QUE SE FUE POR SUS SUEÑOS

Para llegar y conocer el cielo
se necesita descender hasta ti, pueblo mío.

A ti he venido por el
antiguo mandato de nuestra sangre.

Un día me diste la pluma,
la palabra con sus racimos y pájaros,
y le canté a lo mejor que tú tenías.

Soy tu hijo,
permite entregarte mi cansancio y mis coyunturas.

He vuelto para estar más cerca de tu nombre.
Déjame una vez más sumergirme entre tu sonrisa;
déjame saborear el pan que pones sobre la mesa.
Déjame morder tu sombra que queda grabada
de un martillazo, de una sola harina,
de una sola vida.

He vuelto para reconocerme en tu nombre,
para llevar más de ti;

llena mi odre de tus jugos
para que en otras tierras yo no muera.

No, no me mates aún de tu nombre;
llegué hasta el último polen del frío
como una primavera amarilla que se tarda
y trae dentro de sí la cólera, los trenes
y el germen de la vida.

Vuelvo a pisar días transcurridos;
lejos de ti usaré tu sueño para dormir,
tus ojos para ver mejor.

De un solo golpe
contra lo que se oponga
extenderé mis manos para tocar tu recuerdo.

V
DE LA MADERA A MARIPOSAS

Procuremos ya no volver a morir,
procuremos que el humo sólo esté en la leña
y no en la boca y la nariz del joven.

Quiero vivir en un pueblo donde la alcaldía
no le entregue a su gente las llaves del hambre;
una alcaldía
que no acostumbre a los estómagos,
que no dé el pan y el vino
que acostumbren a la pobreza
y la haga más delgada y más precisa.

Quiero para mi pueblo
un amanecer que alcance para todos.

Quiero vivir en un pueblo
donde la vida salude con sus rosas,
donde la hermandad salga a pasear en bicicleta.

Traed todo vuestro odio, toda vuestra ira,
y, juntos, arrojémoslas al río cuando esté crecido:
no las necesitamos más,

desechemos la muerte y los golpes
de la discordia.

Mientras el aire resume en un soplo lo que sabe,
sucede que cae el humo
hiriendo el luminoso pétalo del día,
hiriendo las olas de las campanas,
espectro de la soledad en el otoño,
pero nuestras miradas, nuestros pájaros,
la agonía de nuestras vasijas,
sabemos sostener nuestro relámpago,
el arduo fulgor de nuestra sombra;
con pluma, con ciclones y con pámpanos
sabemos derribar nuestra zozobra.

Hablemos con algo más que no sean las palabras,
salgamos en defensa de la lluvia,
el pez, el pájaro,
curemos las heridas abiertas de la noche;
los árboles, las nubes necesitan
de nuestro hombro y de nuestro pan,
su primogénita agonía
necesita de nuestras tinajas.

Hay tanto dolor amasando greda subterránea,
salvemos las risas que aún nos quedan,
en esta noche donde caben siglos amarillos
detengamos las hemorragias
sempiternas de los años.

No castigemos más con látigo y hambre
nuestra líquida golondrina,
ya no la crucifiquemos más con nuestro deseo,
con cal y con barbasco.

La tierra aprieta su boca, sus llagas
soportan nuestra áspera codicia.

Dejemos dormir al pez en su arena desgarrada.

No usemos la garra asesina que no tenemos,
dejad que duerma la vida en su arena desbaratada.

Ya no descuarticemos los sueños
que fluyen entre las rocas.

No más el rifle y la cerbatana
que le niegan el colibrí
al horizonte y a las flores de fin de año.

Quiero vivir en un pueblo
donde el alba no muerda con fuego,

ni desgarre ni borre...

Juventud, tus huesos ya no serán
para la tierra que se cansará de llamarte con tal de podrirte.
No volverán tus frutas a la boca maldita,
tus pasos y tus pies no serán atravesados
ni desangrados por los dominios del humo,
por las precisas inmediaciones de la espina.
El cóndor de la alegría no conocerá
más la pupila terrible del cañón y el rifle.
Tus hijos no verán una vez más
las lámparas y las claves de la furia.
No perderás una vez más la sombra
de tus cachorros, no estarás envuelto
entre el idioma de las lanzas y el insomnio.
Ya nadie volverá a buscar el rostro del olvido,
porque el olvido sólo le pertenece al olvido.

Que no regrese una vez más la noche
con su lúgubre antorcha, con su desvelo
a detener nuestra porción de paz,
a incendiar con neblina nuestros sueños;

que no vuelva la hoguera y la guitarra extraña.

Con tu ritual, con tu diseminada estirpe,

con tu arteria montaraz

enséñanos a contener nuestro encono.

Sabes detener la áspera y carnívora sed de la cetrería.

VI
BOTÓN

Tus hijos, con agua, con juventud,
con risa, con escoba,
como una sola mano donde caben todos,
donde cabe la lluvia y tus fantasmas,
te devuelven pieza tras pieza,
ciclón tras ciclón
tus sueños entreabiertos.
Hoy... a los eslabones de los siglos,
a la esperanza, a los andamios
de los genes y las luchas,
a las antorchas que han sido enterradas,
al esplendor de cada bestia
y luz descuartizada por las sombras,
tus hijos les han arrancado
ciento cuarenta y siete
rosas, y con leña de roble, arcilla
harina, barro, greda amasan un rosal
para que cante las siguientes rosas
que, desde antes de ser barro, saben tu nombre.

Seudónimo: Jairo.